

III. SISTEMA DE PARTIDOS

La rígida hegemonía que durante décadas impuso el Partido Comunista de la Unión Soviética fue reemplazada por la competencia que protagonizan decenas de partidos, movimientos y grupos que forman un amplio espectro político que se extiende desde los monárquicos, añorantes de la Rusia de los Romanov, hasta los comunistas. En el escenario figuran desde las organizaciones que cuentan con unos pocos miembros hasta las que tienen más de medio millón de afiliados. Sin embargo, al sistema de partidos lo caracteriza su fragilidad institucional. Con la notable excepción del Partido Comunista de la Federación Rusa, que heredó la organizada estructura del PCUS, única con verdadera presencia a nivel nacional, los partidos rusos son, en el mejor de los casos, organizaciones de cuadros mal estructurados, cuando no instrumentos personalistas de ciertos líderes o formaciones de carácter meramente regional. La vida de algunos de los grupos políticos pequeños, como es el caso de las facciones de cooperación parlamentaria, suele ser muy corta. Las alianzas entre los grupos más grandes son igualmente inestables. Colabora de forma dinámica a esta fragilidad la existencia de un número extraordinario de diputados independientes.

Casi inmediatamente después de la disolución de la URSS en 1991 surgió la lucha por el poder entre las fuerzas conservadoras y reformistas. El presidente Boris Yeltsin, electo en junio de 1991 por sufragio popular, recibió poderes absolutos que le concedió el Congreso de los Diputados, instancia legislativa prevista por la Constitución soviética de 1978, pero que no había sido implantada. El presidente utilizó sus poderes para iniciar un programa de reformas económicas y para tratar de someter a las asambleas legislativas locales, dominadas por los comunistas. Los conservadores, dirigidos por el presidente del Parlamento, Ruslan

Jasbulatov, intentaron minar los poderes de Yeltsin y evitar a como die-
ra lugar las reformas económicas. En diciembre de 1992, el primer mi-
nistro en funciones, Yegor Gaidar, que había sido el arquitecto de las
reformas, fue sustituido por Víctor Chernomirdin. El Congreso de los
Diputados también rescindió algunos de los poderes otorgados a Yeltsin,
entre los que se encontraba el control sobre los administradores locales.
Asimismo, el Tribunal Constitucional desautorizó la prohibición del
PCUS decretada por Yeltsin en 1991 tras la intentona golpista de los con-
servadores.

Pese a las crecientes tensiones, el presidente acordó con el Con-
greso de los Diputados la celebración de elecciones que permitieran
elegir a un Parlamento encargado de elaborar una nueva Constitu-
ción. Poco más tarde, en marzo de 1993, Yeltsin formó un gobierno
de emergencia y convocó a la celebración de un referéndum para
preguntar a la población si aprobaba la gestión presidencial. Esta in-
tención fue rechazada por el presidente del Tribunal Constitucional,
Valeri Zorkin, por Jasbulatov y por el vicepresidente Aleksander
Rutskoi. En la consulta, Yeltsin consiguió una abrumadora victoria,
pero dicho triunfo no resolvió el problema de la lucha por el poder.
En septiembre de 1993, Yeltsin expulsó a Rutskoi de la Vicepresi-
dencia por escándalos de corrupción, a pesar de las protestas del Par-
lamento. En ese mismo mes, el presidente decretó la disolución del
Parlamento debido a la resistencia de los diputados conservadores a
trabajar en la formación de una Asamblea Constituyente. El Parla-
mento respondió denunciando las acciones de Yeltsin como
anticonstitucionales y declaró presidente a Rutskoi. Cerca de 100
diputados y otros tantos seguidores armados dirigidos por Jasbulatov
y Rutskoi ocuparon el edificio del Parlamento. El estancamiento de
las negociaciones entre el gobierno y los rebeldes duró varios días,
aunque quedó roto cuando éstos últimos consiguieron asaltar el ayun-
tamiento de Moscú y el edificio central de la estación de televisión.
El gobierno respondió entonces con el bombardeo del edificio del
Parlamento, arrojando a sus ocupantes. Cerca de 140 personas mu-
rieron en aquella rebelión.

Las elecciones para la Duma se celebraron en diciembre de
1993, el mismo día en que fue ratificada la nueva Constitución vía
referéndum. El resultado no fue del todo halagüeño para el gobier-

no, ya que ganaron espacios fuerzas que se han caracterizado por su intransigente oposición a las reformas de tipo liberal que ha efectuado el presidente Yeltsin, sobre todo el Partido Comunista, liderado por Gyennadi Ziuganov, y los ultranacionalistas, que en los últimos años han demandado el restablecimiento de Rusia, a como de lugar, como una potencia mundial “de primer orden”. También resultó electo un inusitado número de diputados independientes, lo que amenazaba con hacer ingobernable a la Duma.

A la elección de 1993 siguieron dos años difíciles, por las dificultades económicas y la guerra en Chechenia, que dominaban la preocupación pública. En diciembre de 1995 se celebraron nuevamente elecciones para renovar la Cámara baja del Parlamento. Una disposición constitucional transitoria estipulaba que la primera Duma durara tan sólo dos años, y a partir de la segunda las legislaturas tendrían un mandato de cuatro años. El Partido Comunista salió fortalecido de estos comicios, al lograr conformar la fracción parlamentaria más numerosa, mientras que las organizaciones ultranacionalistas mantuvieron una presencia importante. Por su parte, los partidos reformistas y liberales vieron reducido su número de diputados.

En las elecciones de 1995 sólo cuatro partidos lograron rebasar el requisito del 5% de la votación: el Comunista (22.3%), el Liberal Democrático (11.1%), Nuestra Casa es Rusia (9.9%) y Yabloko (6.9%). No obstante, en los distritos uninominales lograron triunfar los candidatos de más de una decena de partidos adicionales, aparte de 77 candidatos independientes, haciendo de la Duma un cuerpo más heterodoxo. En estas condiciones, es muy difícil que un Parlamento pueda trabajar con efectividad.

Yeltsin se presentó a las elecciones presidenciales de junio de 1996 teniendo como principales oponentes al candidato comunista Gyennadi Ziuganov y a Alexander Lebed, resultando triunfador tras superar en la segunda vuelta a Ziuganov. En enero de 1997 tuvo que presentarse ante la Duma para evitar su destitución, propuesta por la oposición, alegando para ello motivos de salud. Dos meses más tarde realizó una profunda reorganización del Consejo de Ministros, introduciendo como viceprimeros ministros a Anatoli Chubáís, encargado de impulsar una nueva reforma económica, y a Boris Nemtsov, aunque mantuvo a Chernomirdin como primer ministro.

En abril de 1998, con su salud notablemente resquebrajada, Yeltsin volvió a sorprender al mundo cuando despidió a Chernomirdin y nombró como relevo al joven tecnócrata Sergei Kiriyenko, hombre leal al presidente pero con escasa experiencia política. La debacle financiera que afectó a Rusia en agosto de 1998, con repercusiones internacionales (“el efecto vodka”), obligó a Yeltsin a destituir a Kiriyenko y a nombrar como nuevo premier al hasta ese momento ministro de Relaciones Exteriores, Yevgeni Primakov, no sin antes efectuar difíciles negociaciones con el Parlamento.

Rusia atraviesa actualmente por angustiosas encrucijadas: ¿verdaderamente el país más extenso del mundo avanza hacia la instauración de una democracia estable? ¿Podrán los rusos superar la crisis que afecta a su economía y tener éxito en la construcción de un sistema eficaz de libre mercado? ¿Qué augura para Rusia y para el mundo el resurgimiento del ultranacionalismo eslavófilo? Las respuestas a estas preguntas incumben a absolutamente todos los habitantes del planeta, considerando que se trata de la segunda potencia nuclear del mundo.

1. Principales partidos políticos

Básicamente, el complicado escenario partidista ruso puede dividirse en dos campos: los partidos “reformistas”, más o menos adeptos a los programas económicos aplicados por el régimen del presidente Yeltsin, o incluso más liberales en sus posturas económicas; y los comunistas, conservadores y ultranacionalistas, opuestos en la forma y el fondo a dichas políticas. Evidentemente, existen importantes matices que diferencian entre sí tanto a los partidos reformistas como a los conservadores, el principal de los cuales reside en las rivalidades personales que han surgido durante los últimos años entre los líderes de los distintos grupos involucrados.

Dentro de los reformistas destaca el partido Nuestra Casa es Rusia, fundado en la primavera de 1995 y presidido por el ex primer ministro Víctor Chernomirdin, quien se ha convertido en uno de los favoritos de todos los sectores beneficiados por las reformas y quien indudablemente contará con los suficientes recursos para

efectuar una campaña nacional intensa si es que decide presentarse como candidato en las elecciones presidenciales del año 2000. Chernomirdin conserva buenas relaciones con Occidente, debido a que cuando fue jefe de gobierno intentó moderar, en la medida de lo posible, las posiciones de Yeltsin tanto en lo concerniente a la política interior como en su trato con el exterior.

Otra importante organización pro reforma es el bloque Yabloko, creado en 1993 y dirigido por el economista radical Grigory Yavlinsky. Se trata de un grupo distanciado del presidente Yeltsin, al que acusan de haber “frenado” la reforma. Yabloko favorece la instauración de una economía social de mercado que se preocupe más por los sectores más desfavorecidos de la sociedad.

La alianza conocida como Opción Democrática Rusa/Demócratas Unidos reúne a varios connotados grupos: Opción Rusa, del ex premier Yegor Gaidar, el primer promotor del neoliberalismo “a la rusa”, y organización que sugiere emprender una mayor descentralización en el país; Partido Socialdemócrata, dirigido por Alexander Yakolev, considerado el “padre intelectual” de la *perestroika*; Partido Campesino de Rusia, encabezado por Yuri Chernichenkol, que demanda la inmediata individualización de la tenencia de la tierra; Partido Liberal de Rusia, popular entre sectores de profesionistas y empresarios, y el Movimiento Democrático Ruso, cuya principal líder, Galina Staravoitova, fue asesinada en San Petersburgo a fines de 1998.

Otras organizaciones democráticas y reformistas son: Mujeres por Rusia, partido exclusivamente formado por mujeres. De orientación centrista, por lo general ha apoyado las políticas del gobierno, aunque su posición suele ser bastante ambigua, y ¡Rusia Adelante!, de Boris Fedorov, un político reconocido por su buena reputación.

Todos estos grupos apoyan en mayor o en menor medida la idea de impulsar en Rusia una economía de mercado, mantener un sistema democrático de gobierno y establecer estrechos vínculos de colaboración tanto con Occidente como con los países vecinos.

En el sector antirreformista figura el Partido Comunista de la Federación Rusa, que en buena medida heredó la estructura e implantación nacional del PCUS y, por lo tanto, es la formación política

mejor organizada a nivel nacional y la menos dependiente de personalidades. Su principal dirigente es Gyennadi Ziuganov, considerado como uno de los favoritos para imponerse en las elecciones presidenciales del año 2000. El Partido Comunista dice respetar, en principio, la propiedad privada y la democracia liberal, pero postula la necesidad de volver a “lo mejor del pasado” y se presenta como el único verdadero defensor de la justicia social. Pueden distinguirse dentro del partido tres corrientes: la “nacional comunista”, dirigida por el propio Ziuganov y que promueve políticas de corte populista; los que pretenden transformar al partido en una organización de corte socialdemócrata, y los marxistas-leninistas ortodoxos.

El Partido Agrario, muy popular entre los campesinos por su tenaz oposición a la reforma agraria radical promovida por el gobierno, es un cercano aliado de los comunistas y cuenta con importantes organizaciones regionales en varias zonas de la Federación. En alguna medida, también es heredero de la estructura del PCUS.

Poder para el Pueblo es una organización liderada por Nikolai Ryzhkov, ex primer ministro en la era Gorbachov, un nostálgico de la *perestroika*, a quien le gustaría refundar la Unión Soviética y es considerado incluso más intransigente con el gobierno que los comunistas.

El ex general Alexander Lebed tiene su sustento político en el Congreso de Comunidades Rusas. Lebed es una figura carismática que ha dado mucho de que hablar en Rusia desde hace varios años. Sin duda, es otro de los favoritos para los comicios presidenciales del 2000. Esta organización no tiene una plataforma política verdaderamente coherente. Se basa en la popularidad de su líder y en ciertas generalidades, como sostener la necesidad de un gobierno firme e, incluso, en el deseo de reinstaurar el imperio ruso. Es muy proteccionista en lo económico y demanda reforzar las políticas de defensa del país.

A la extrema derecha se ubica el ultranacionalismo, donde se encuentran el ex vicepresidente Alexander Rutskoi, jefe del Partido Gran Poder, y Vladimir Zhirinovsky, con su Partido Liberal Democrático, formaciones caracterizadas por su mesianismo, su “antioccidentalismo”, su rechazo irracional a las “fórmulas extranjeras”, su odio a las minorías y su pretensión de devolver a Rusia el estatus de “gran potencia”, aunque en los últimos años se ha logrado percibir cierto pragmatismo en el Partido Liberal Democrático, que ha visto reducir su popularidad e influencia electoral.

La mayoría de los partidos rusos gravitan en torno al carisma de su principal dirigente, poseen una estructura laxa y carecen de una verdadera organización nacional. En efecto, el sistema de partidos ruso es sumamente débil y está caracterizado por contar con formaciones políticas exageradamente descentralizadas e indisciplinadas, muchas veces incluso carentes de programas de gobierno realmente coherentes.